

¿PARA QUÉ SIRVE LA ESCUELA CATÓLICA?



JOSÉ LUIS CORZO, SCH. P.

Cristianos en la escuela: donde la educación y la fe se besan

Tal vez no sea oro todo lo que reluce en la relación de la fe con la escuela. Al concilio le costó mucho llegar a una simple declaración sobre la educación. En países como Francia e Italia, por ejemplo, hay menos escuelas católicas que aquí. Que la nueva evangelización no depende de ellas parecía sugerirlo hasta el director del nuevo dicasterio pontificio¹. ¿Para qué sirven?

Los cristianos se han preocupado en la historia por muchas carencias humanas, como la enfermedad, las prisiones, el subdesarrollo y el hambre, la seguridad (bomberos en más de una ocasión), etc. Tal vez, antes de encontrar en la escuela un terreno tierno donde sembrar la fe, se acercaron a ella como a una obra más de misericordia (enseñar al que no sabe), mucho antes que utilizarla para reformar la sociedad o, por lo menos, preservar a los nuestros. De hecho, aunque no lo cite nadie, un documento de la Congregación para la Educación Católica que actualizaba la *Gravissimum Educationis* del Vaticano II nos lo dejaba bien claro: “La Iglesia ofrece su servicio educativo en primer lugar a “aquellos que están desprovistos de los bienes de fortuna, a los que se ven privados de la ayuda y del afecto de la familia, o que están lejos del don de la fe” (GE 9). (Muchos inmigrantes, por ejemplo, reúnen las tres condiciones). Y es que “la comunidad escolar católica no transmite la cultura como un medio de potencia y de dominio, sino como un medio de comunión y de escucha de la voz de los hombres, de los acontecimientos y de las cosas. No considera el saber como un medio de crearse una posición, de acumular riquezas, sino como un deber de servicio y de responsabilidad hacia los demás” (La escuela católica, 58 y 56, Vaticano 1977).

En noviembre de 2010, la cátedra Calasanz de la Universidad Pontificia

de Salamanca convocó un seminario de profesores de Pedagogía y de Teología –varios escolapios– para dilucidar qué fibras cristianas se tejen con las demás en el telar educativo. Tomo de allí mi reflexión, enfocada así por **Antonio Aparisi**: “el punto de partida convendría que fuera una aguda contemplación de la realidad humana. Otra metodología de la reflexión no parece correcta”..., no vaya a ser –interpreto– que cada uno haga valer sus ideales –y por sublimes que no quede– o se atrinchere en el patio de su casa, sin ver la que está cayendo en el panorama mundial (el único posible en este siglo XXI de interdependencia planetaria²).

Una pregunta ingenua

El crecimiento personal que llamamos educación y la experiencia religiosa que llamamos fe (más sus respectivas ciencias, de la Educación o Pedagogía, y el saber de la fe, la Teología), ¿**convergen?** (es decir, el cultivo de una y de otra se juntan y



son más creyentes los más educados y al revés). O ¿**divergen?** (y desconían del mucho crecimiento personal los que defienden su fe y, al contrario, la abandonan pronto los que buscan madurez y autonomía). ¿**Se ignoran?** (porque pertenecen a ámbitos independientes de la vida humana y hay gente muy educada poco o nada religiosa y cristianos maleducados). ¿**Se supeditan?** (como pretende cierta teología: que un pedagogo no sabe dónde conducir al niño, si no lo aprende de la fe; o como aducen los pedagogos: la catequesis depende de las Ciencias de la Educación y vive a su costa). Acaso ¿**se suman?** (primero, el cimiento de una buena educación y ya vendrá la fe). Y si ¿**se estorban?** (cosas buenas para los educadores son malísimas para los catequistas y, al revés). ¿**Se necesitan?** (nadie crece sin Alguien que te sostenga; pero no se mantiene la fe sin una buena auto-educación). Hasta puede que **se impliquen** (y en el mismo proceso existencial aprendamos, maduremos y nos sorprenda Dios un día³).

De ahí salen las seis teorías –al menos– que se disputan la clase de religión desde la transición política: humanista, laicista, secular, confesional, liberal y cultural.

Un misterio permanente

Saben los teólogos (y todo creyente lo es un poco) que este juego de preguntas ya se ha recorrido varias veces en la historia del cristianismo, ya sea en torno a la persona de **Jesús** –Dios-Hombre– o a la salvación del hombre –Naturaleza-Gracia– en una tensión permanente difícil de definir. No es extraño que las relaciones Iglesia-Mundo (o Estado) se resientan una y mil veces, a pesar de definirse autónomas e independientes entre sí. Ni que, una y otra vez, la ciencia **choque** con la fe –y al revés– y



que la moral cristiana tropiece con la ética racional (y al revés); o que la inmanencia –cerebral, incluso– cuestione nuestra trascendencia; y que la precisión del lenguaje se inquiete ante la metáfora viva que le sobreviene (**P. Ricoeur**). Es la deriva dualista de nuestro modo de entender la realidad: arriba y abajo, blanco y negro, bueno y malo, cuerpo y alma, infierno y cielo, norte y sur, ricos y pobres, Atenas y Jerusalén... Dicen que en el mundo oriental hay mentalidades monistas, aunque puede que panteístas o disolventes de lo que ahora nos parece tan real.

También **Jesús de Nazaret** se esforzó para que entendiéramos bien la naturaleza unitaria de su Reino, que ya se ha encarnado –como el Verbo– en la entraña de lo humano: *Egō mez'ymon eimi* (yo entre vosotros soy cada día, Mt 28,20). Pero un Reino que no podemos construir, que lo pedimos al Padre y que Jesús lo anunció cerca (Mt 3,1; 4,17) y dentro de nosotros (Lc 17,21), pero en el que no es fácil entrar (Mt 19,24), porque no es de este mundo (Jn 18,36). Casi un galimatías que aún nos dará problemas en el juicio final cuando preguntemos: “¿Cuándo te hemos visto sediento o hambriento, inmigrante o enfermo, desnudo o en la cárcel?” (Mt 25, 37-39). Por eso, cuando pienso en la escuela, me encanta un sencillo poema referido a

san José (el esposo): “Y, pues el mundo entero / te mira y se pregunta, / di tú cómo se junta / ser santo y carpintero, / la gloria y el madero, / la gracia y el afán, / tener propicio a Dios y escaso el pan”. Y sin haber rimado un verso en toda mi vida me atrevo con un ripio (al de Calasanz): “Di tú cómo se junta / aprender y rezar / la tiza y el altar / ser maestro y ser cura / enseñar lo que pasa y lo que dura”.

Así que es inevitable plantearnos estas cuestiones más de una vez en la vida. Fórmulas usuales un día, hoy no sirven. La comunidad cristiana ha hecho esfuerzos maravillosos para vivir su fe en culturas nuevas y diferentes. Y la historia revela que no han sido menos sus esfuerzos para deshacerse de algunas culturas cuando ya sofocaban la fe. **Juan XXIII** puso en marcha el último de esos esfuerzos para sincronizar el reloj de la Iglesia con el de este mundo autónomo⁴. No tenemos vuelta atrás, so pena que la vieja cultura premoderna acabe por ahogar nuestra fe.

Basta ver cómo nos debatimos muchos cristianos en la tarea educativa. ¿Leeremos todos el mismo Evangelio? Los hay pietistas, que sólo buscan una ocasión para meter la fe dentro de las aulas; constantinianos, dispuestos a cambiar el mundo con líderes cristianos de los nuestros (hay padres que reivindicaban centros

católicos para ellos solos); los hay seculares, acérrimos defensores de la escuela pública, esencial para el bien común. Conocemos religiosas y religiosos dedicados a las élites sociales y, otros, a los marginados... y, muchos más que, a pesar de sus idearios, no logran más que algún grupo de alumnos comprometidos⁵. Unos confiesan su proselitismo católico y, otros, la mera excelencia educativa. Hay centros gestionados por grupos muy conservadores y, otros, más progresistas. Y, mientras, cientos de detalles escolares se nos tiñen con estas opciones básicas: la motivación de los alumnos, por ejemplo, no puede ser igual cuando preferimos a los últimos que a los primeros, ni tampoco la insistencia en la lengua o en la informática; por cierto, ¿no hay más asignatura propia de cristianos que la religión? Y todo esto ¿será una cuestión de sano pluralismo o de enorme confusión?

I. LA FE NO ES IDEOLOGÍA

Si sopesamos nuestra propia experiencia infantil, probablemente a muchos nos atornillaron en casa y en la escuela los principios del cristianismo, lo que teníamos que creer y practicar. La fe era un componente más de nuestras convicciones y de nuestra *Weltanschauung* (como antes se decía), de nuestra cosmovisión, o si queréis, del paisaje homogéneo que se veía desde nuestra ventana particular. Por ella veíamos un trozo de mundo –¡nunca más que un trozo!– bien ensamblado para afrontarlo todo con cierta coherencia. (A tal panorámica podríamos llamarla *ideología*; pero no ahondemos en ese difícil término⁶). También es posible que, después, algunos hayamos vivido –como un drama o hasta como una liberación– el derrumbe de aquella primera mentalidad infantil y familiar, y su fatigosa reconversión en ésta de ahora, quizás más insegura, más *líquida* y amorfa, pero nuestra.

A los teólogos no les gusta esta aparición *ideológica* de la fe. He tocado una tecla que desafina: por lo bajo,

porque reduce la fe (y en consecuencia, la educación cristiana) a convicciones culturales⁷ y por eso preferimos la edad infantil para inculcarla, pero ya no funciona bien⁸. También desafina por lo alto, como si me negara a reconocer el bien inmenso que esa mentalidad ha hecho a la historia y al pensamiento occidental. Pero las cosas han cambiado mucho con la Modernidad. ¿Aún vamos a insistir en que la revelación cristiana contiene normas para educar y para organizar la sociedad, la economía, la gastronomía, las migraciones, la familia, etc.? Con razón escribió **Pablo VI** en la *Evangelii Nuntiandi* (n. 20) hace ya 35 años que “la **ruptura** entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo”. El drama, no la hecatombe.

El reto...

... es volver a comprender la misión de la Iglesia en este mundo autónomo y secularizado; sin conquistarlo, por un extremo, ni maldecirlo o abandonarlo, por el otro. *Sal de la tierra y luz del mundo* (Mt 5,13-14), sin ser del mundo.

El Vaticano II expresó esta misión con un lenguaje relativamente vago: junto al anuncio del Evangelio, dijo, es nuestra tarea *impregnar y perfeccionar* con el espíritu evangélico el orden de las realidades temporales ... (AA 5); “anunciar a todos los hombres el misterio de la salvación e *instaurar* todas las cosas en Cristo” (GE, introd.); “*buscar* el Reino de Dios *gestionando* los asuntos temporales y *ordenándolos* según Dios” (LG 31: *de laicis*). Son matices de esa *inspiración* cristiana de la realidad que buscamos en la escuela. El propio Pablo VI describió muchas veces la aportación del cristianismo al mundo como una *humanización*: hacer que el hombre sea más humano⁹ (y también en la escuela). Ya no hablaba de civilización cristiana, ni de la Iglesia como Reino de Dios (sólo su fermento), ni mucho menos de nacional-catolicismo, sino de *civiltà dell'amore*. Pasó la utopía de construir el Reino en este mundo, ni siquiera para unos cuantos¹⁰.

El clavo ardiendo

Este mundo moderno *adulto* (que no perfecto) nos ha desorientado y muchos se preguntan: *¿dónde queda un sitio*

*para Dios? y, como no dan con ninguna respuesta...*¹¹, hasta se aferran al clavo ardiendo del liberalismo: ¡cada grupo con sus ideas, con sus escuelas, con sus derechos! Una cultura frente a otra, una sociedad cristiana dentro de la civil. ¡Un imposible poco misionero y ecuménico! Para eso no sirven nuestras escuelas. Se corren grandes riesgos, como despreciar las ajenas, si sólo la nuestra ofrece una educación *integral*¹²; o resucitar viejas y nuevas fricciones: entre ciencia y fe (**Galileo** como prototipo), entre Iglesia y Estado (el franquismo como escarmiento), entre una ética civil y las exigencias de cada grupo (la *sharía* islámica como aviso). Querer parcelar la educación para la ciudadanía lo ilustra bien¹³, mientras el mundo ansía un derecho planetario común. La ONU ya no basta.

Debemos hablar de cristianos en la escuela más que de escuela o pedagogía cristianas¹⁴. Muchos obispos –de África, Francia y otros países– se negaban en el concilio a menospreciar la escuela pública y preferir las católicas¹⁵: hasta en España hay más católicos en la pública que en las privadas. El derecho real de elegir centro educativo para los hijos es una quimera al alcance de pocos. Otro fundamentalismo laico quiere excluir de las Ciencias Humanas el estudio de las religiones; cosa tan absurda como eliminar la Botánica de las Ciencias Naturales. Tenemos más motivos y argumentos que el liberalismo para ofrecer a todos en la

escuela el estudio de la religión y del cristianismo¹⁶.

No choque, sino encuentro

Benedicto XVI, en su viaje a Compostela, dejó caer que el **encuentro** entre laicismo y fe religiosa es el reto de hoy. A los 35 años de *Evangelii Nuntiandi* daba un paso nuevo: no ya *lo scontro*, el **choque**, dijo, sino el **encuentro**. No sólo lo diría por los laicistas; también por nosotros, y no sería un mal programa educativo. Hay que dialogar en la plaza pública con los argumentos racionales de todos. Pocas afirmaciones de la fe y de la esperanza quedan fuera del habla común. Del amor, ninguna.

Puede que una raíz de la lucha escolar sea que unos y otros pretenden la clonación de los niños. Algo inmoral, si no fuera imposible.

EDUCAR NO ES CLONAR

La Iglesia comparte con toda la sociedad contemporánea la crisis de la transmisión (ya sea de mentalidad, de hábitos o de valores). No iba a ser la fe cristiana una excepción. Los estados modernos comparten un afán desmesurado por influir en sus ciudadanos con la transmisión de lo que para ellos es esencial; con ello refuerzan la idea equivocada de que la educación es un acto transitivo (similar al de enseñar matemáticas o inglés) para modelar a las personas. También esa educación está en crisis; no sólo la



religiosa. No hay tal forja de hombres, ni equipamiento ideológico y moral.

Para empezar el niño no es de nadie: ni de su padre, ni de su madre, ni de los dos juntos (o separados), ni del Estado, ni de la Iglesia; el niño es suyo (de él), hasta que un día pueda reconocer que es de Dios y de nadie más. El cacareado derecho de los padres a educar a sus hijos, si se mira bien, es consecuencia de un solemne derecho previo: el derecho a la educación que tiene cada ser humano y que los padres han de proteger y mimar para que nadie lo impida. Pero ningún padre puede obligar a su hijo a ser religioso o ateo; y ello también avisa sobre el proselitismo en las aulas: “Una abnegación, peculiar a la profesión docente. El maestro ha de trabajar sobre un material que es el más sensible, dúctil, maleable y al mismo tiempo el más atractivo: la humanidad joven. Se le ofrece, pues, espontáneamente la posibilidad de ejercer una influencia sobre esas almas tiernas, imprimiendo en ellas no sólo el saber que posee, sino además sus convicciones personales, sus ideales propios, acaso lo que él considera como su misión en la sociedad de que forma parte. ¿Es lícito al docente entregarse con sus alumnos al proselitismo? Evidentemente no”¹⁷.

Hasta puede que los objetivos escolares de los últimos decenios – como saben los pedagogos– hayan querido soslayar la transmisión. De

hecho, han pasado de ideológicos y memorísticos a *conductuales*, *afectivos*, *operativos*, *actitudinales* y ya meramente *competenciales* (si no *competitivos* en directo). Ni por esas. Los jóvenes actuales se integran mal y el fracaso de la escuela es enorme. ¿En qué familia (incluso cristiana) –contra todo pronóstico educativo– no se va alguno de los hijos a convivir con su pareja antes del matrimonio?

La tribu se equivoca

Hace mucho que pienso –seguramente influido por **Lorenzo Milani**– que los inadaptados no son los jóvenes, sino la *tribu entera*¹⁸ por no *afrentar* los nuevos y enormes *desafíos* de nuestro tiempo. Los chicos no saben o no se atreven a incriminar a la tribu, pero adivinan que esquivan los desafíos que a ellos les tocará afrontar muy pronto: el saqueo de la tierra y de tantos seres humanos, la pobreza de África o el cambio climático, la raíz de esta crisis capitalista que infecta el globo. En su versión pedagógica, el drama expresado por Pablo VI en 1975 podría sonar así: “La ruptura entre la intuición juvenil y la transmisión adulta, es sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo”.

¿La escuela debe integrar a los chicos?, ¿en una sociedad que hace aguas por todas partes? **Las nuestras no sirven para eso**. Lograrlo –con los mejores– sería el mayor error. ¿Acaso es posible educar después de Auschwitz? Como no sea contra la tribu... Ante el

reclamo de justicia que atruena nuestros oídos, hay poco que transmitir. No tenemos otra sociedad, pero en ésta la verdad no queda a nuestra espalda, sino delante: hay que buscarla y construirla. El *saber sabido* de la escuela *bancaria*, como decía **P. Freire**, no está a salvo.

¿Cuándo tomaremos en serio a ese gigante del siglo XX? Pedagogo y cristiano en una misma pieza, dijo: “*Nadie* [ni la tribu entera] *educa a nadie; nos educamos en comunión mediatizados por el mundo*”¹⁹. Un mundo nuevo que nos *llama* a diario y al que es imposible *llamarle* con nombres viejos. “Llamar y ser llamados” resume bien mi idea (vocacional) de educar, que es otra cosa²⁰ bien distinta de la clonación y de aquella formación (*Bildung*) del espíritu *¿nazional?* político-religioso. Y es que, con educadores o sin ellos, buenos o mediocres, *educamos* –nos educamos– con los demás. ¡Ojalá en el seno de una *tribu* y de un ambiente (también escolar) que escuche el mundo para poder oír a Dios!²¹. Esa tesis sostiene nuestra revista *Educar(NOS)*²².

OTRA DIDÁCTICA PARA LA FE ES UNA VIVENCIA PERSONAL Y COMUNITARIA

Más que ideología, cosmovisión o *Weltanschauung*, los cristianos de la escuela buscamos una *fe vivencia* (¡bonita traducción orteguiana!), en la que nuestra soledad se desvanece²³. Eso pasa cuando me veo conocido y amado por Otro, interpelado por su Presencia, concernido por su mirada, sostenido por la voluntad de quien no es objeto del ojo, del tacto o del oído, ni siquiera de nuestra mente, sino, al contrario, ¡pensados por Él! Objetivos porque nos quiere y nos conoce, sabe nuestro nombre verdadero y quiénes somos.

No es raro que esa vivencia la facilite una comunidad, porque –antes de reconocer a Dios– la vivimos en relación con otros; en el enigma del *otro*, que sin tener mi simetría ni ser objeto alguno, aflora en una relación muy profunda: no utiliza, sino escucha y habla y deja responder; nos hace ser persona, sujeto en comunión. Por eso el Vaticano II, para distinguir una escuela católica, eligió esto: “Su nota distintiva es crear un ambiente de la comunidad escolar



animado por el espíritu evangélico de libertad y de caridad..." (GE 8).

Nada menos. En ese clima caben –o no– todos los demás detalles escolares.

El rostro de Dios

Porque tal vivencia de Dios, siempre y en todas las religiones, acontece en realidades intermedias, mediaciones o sacramentos, cuyo culmen fue la vida entregada de Jesús de Nazaret, el Cristo. En su amor vieron *qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios ¡pues lo somos!* (1 Jn 3,1) y la fe se hizo *cristiana*. Un amor concreto, como el de nuestros hermanos, y esencial en nuestras escuelas; ni el peor alumno puede ignorarlo. Aliento, perdón, misericordia...

Las mediaciones del judaísmo y del cristianismo suceden en la vida, en la historia, en hechos humanos; no son fetiches ni objetos ni oráculos arcanos. Por eso, desde el éxodo de Egipto, la historia de la gente es lugar teológico (**Melchor Cano**), y aún lo sigue siendo. En el celuloide de la historia se revela la imagen de Dios invisible: Cristo entregado por aquellos y por todos los hombres (Mt 26,28). Sin gente concreta no hay mediación alguna.

Pues bien, en la escuela se aprende lo que le pasa a la gente y, por eso digo que la escuela y la fe se besan: porque en ella se aprende a conocer a la gente –del pasado y de ahora, víctimas y triunfadores– y, así, a palpar también el amor dado y recibido, el rostro de Dios.

Un panorama inesperado

Pensar en esta fe/relación, no ideológica, lo cambia todo²⁴: ya no buscamos en nuestras clases soluciones para este mundo, sino una respuesta solidaria (en Historia y en Física y en Literatura...), pendiente del clamor de los pobres, de los mansos, de los perseguidos y de los que lloran. Confiados en el Amor atravesamos las cañadas oscuras de la vida y buscamos con los otros la luz, como quienes logran vivir sin ningún *dios tapagujeros*²⁵. Nuestra fe-esperanza-amor, inseparables entre sí, se interrogan en clase –aun sin decirlo– por la mirada y el Espíritu de Cristo hacia los *signos de los tiempos*, voz de Dios en la historia (como quería llamarlos el



perito conciliar **J. Ratzinger**)²⁶. Él no nos sustituye, pero no se aparta de nosotros.

Mirar con otros ojos

Poco más podemos aportar, pero es mucho. En la escuela, cada cristiano – antes que maestro– es, por naturaleza, un discípulo. Lo mira todo, alertado por la escucha del Evangelio (Rom 10,17) (bien leído en voz alta en la asamblea) y se dilata su pupila con la mirada misma de Jesús. No ve visiones, ni capta ideologías ni estrategias para salvar el mundo, pero ve a Jesús mirar de otra manera a la gente: a **Zaqueo** el publicano, y a **Simón** el fariseo, y a los presuntuosos sacerdotes y levitas del templo; también a la adúltera y

a la prostituta, y a los extranjeros... Le ve mirar con lágrimas a Jerusalén: "¿Cuántas veces he querido recogerte como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas, pero tú no has querido!" (Lc 13,34); y le ve mirar compasivo a los pobres y pequeños, sus preferidos, y a los leprosos y paralíticos, y a los mudos y ciegos... Todos gente mal *educada*, es decir, semi-frustrada en su desarrollo. Cada signo de Jesús recompone algo del hombre íntegro; más que un rabí, era el mejor educador.

La escuela del cristiano sirve para mirar con el Evangelio. Nada más. Y no es poco, si renuncia a otras veleidades. Hoy también se ven, desde las clases, la ignorancia que quita la palabra y

deja mudo, y el hambre que margina, la ceguera que atonta, la parálisis que aprisiona, la lepra que segrega, la cárcel que corroe y el egoísmo que entierra los talentos e impide una vida nueva, más justa y solidaria. Lo vemos en el Tercer Mundo y en el Cuarto (en nuestras calles) y en las pateras y en las masacres y en el Congo y en el Sahara y en Haití y en Túnez y en Egipto.

IV. TRES PASOS ESCOLARES: APRENDER, EDUCARNOS Y OÍR AL OTRO

¿Las escuelas miran todo eso? Si alguna escuela lo ignora, no es que sea neutra y aconfesional –como, tal vez, declara–, sino es que se somete y dobliga bien a los poderosos, en el mejor de los casos; o que simplemente es estúpida, como me temo. Para mirar los desafíos de nuestro tiempo no hace falta la catequesis, sino la Geografía y la Historia, los números y las letras, las estadísticas, el periódico e Internet. Siempre echo de menos que los profesores de una misma especialidad

(cristianos o no) observen juntos el revés de sus tramas²⁷; además del programa de la Geografía o las Ciencias Naturales, lo que en él se oculta y lo que, a su través, se clarea. Que detecten en qué lecciones puede oírse la voz de los otros, que nos llaman. (Y que un día se oiga la del Otro no es sólo cosa nuestra).

En la escuela distinguimos bien la instrucción y el aprendizaje – competencia específica de toda escuela pública o privada–, más la respuesta a lo aprendido, que nos educa. Y en lo aprendido también es posible escuchar a Dios que nos sale al encuentro –“dónde está tu hermano Abel?” (Gen 4,9)– en forma de responsabilidad, compromiso, solidaridad y amor (*agape*). Esa es la naturaleza del oyente de la Palabra (K. Rahner) y, en consecuencia...

... la estructura antropológica de la educación

Es sencilla, compuesta por tres elementos –sucesivos, alternos o simultáneos, no importa– que en este mismo instante podemos observar en nuestras escuelas:

■ **Primero:** la **apertura** al exterior, la receptividad, la escucha, la mirada, la conexión, en suma. No es fácil. ¿Si yo os dijera que hay sistemas educativos – familiares o escolares– que más parecen hechos para cerrar que para abrir, para amurallar sin dejarse contaminar, para aislar más que para unir? Los reconoceríais fácilmente.

■ **Segundo:** el **conocimiento** de cuanto nos rodea. No basta con mirar, hay que buscar, informarse, indagar, tener buenos profesores, sonsacar a testigos. ¡Y hay que ser críticos! por la enorme engañifa de “la aldea global” (McLuhan). En rigor, ésta es la principal tarea de la escuela actual. ¿Y si yo os dijera que en la aldea no basta fiarse de una secta periodística, por crítica que sea?

Ésta es la mayor debilidad y trampa de mi propuesta: confundir la mirada de Jesús en el Evangelio con la COPE, la SER o Intereconomía. Hay sistemas educativos –familiares y escolares– sectarios a la vista de todos. En pedagogía, la ética avanza poco. ¿Por qué no enseñar en clase el Norte-Sur, la fábrica de la pobreza²⁸, la actualidad

NOTAS

1. En su opinión, las escuelas católicas parecían necesarias en tiempos de analfabetismo generalizado: Cf. “Rino Fischella” (entrevista): *Vida Nueva*, nº 2716 (17-7-2010) 8-10; J. L. Corzo, “Evangelizan ellos” [los pobres]: *Vida Nueva*, nº 2717 (24-7-2010).

2. F. De Giorgi, *L'istruzione per tutti. Storia della scuola come bene comune* (La Scuola, Brescia 2010).

3. Cf. G. Groppo, *Teologia dell'educazione. Origine, identità, compiti* (LAS, Roma 1991). J. L. Corzo, “Teología (pastoral) de la educación”: *Salmanticensis* 55 (2008) 49-81.

4. “Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía”, GS 36. El párrafo habla también de autonomía de la ciencia y de lo temporal y deplora ciertas actitudes de cristianos que llevaron a establecer una “oposición entre la ciencia y la fe”, con cita sobre el caso Galileo.

5. J. M. de Prada, “La tragedia de la escuela católica”: *ABC*, 26.4.2010; y dura réplica en *Vida Nueva* 2706 (2010) 7. Se ha hablado de cierto borrador epis-

copal andaluz que cuestiona lo evangelizador en las escuelas católicas (cf. *Vida Nueva*, nº 2730, 20.11.2010, p.7).

6. Precisamente así la describe el escolapio O. Fullat en su reciente discurso como doctor *honoris causa*: “La ideología, per cert, és un discurs no científic que té com a funció pseudolegitimar allò que hi ha (...). I la utopia és un discurs no científic que té com a funció pseudolegitimar la protesta contra allò que hi ha”. *Pedagogia i fe, en Acte d'investidura de doctor honoris causa al Dr. Octavi Fullat i al Dr. Antonio Damasio* (Univ. Ramon Llull, Barcelona 2010) p. 25.

7. “Religión es la esencia de la cultura, y cultura es la forma de la religión”,

P. Tillich, *La dimensión perdida* (DDB, Bilbao 1970) p. 66.

8. No hay tal preferencia, en cambio, en el Evangelio, donde los niños –a veces confundidos con los *mycroi*– son signo de la preferencia de Jesús por los últimos, y Pablo no recomienda imitarlos (1Cor 14,20). “El foso de ignorancia religiosa de los adultos de nuestro pueblo prueba que el mucho catecismo que reciben los niños no deja de sí ninguna huella más allá de la edad infantil”, L. Milani, *Experiencias Pastorales* (1958) (BAC, Madrid 2004) p.15.

9. C. Mascaró, *La revelació de Déu, pedagogia d'humanitat. Reflexió teològica sobre una experiència de reforma educativa a Catalunya: 1978-2003* (Fac. Teologia-Escola Pia de Catalunya, Barcelona 2010).

10. El drama teatral de Fritz Hochwälder *Así en la tierra como en el cielo, el sacro experimento* (1941) da cuenta de la famosa utopía jesuítica en las reducciones del Paraguay.

11. “Y como no dan con ninguna respuesta, condenan toda la evolución que les ha acarreado semejante calamidad (...) ¡ojalá conociera el camino de regreso, el largo camino que conduce a la niñez! Mas dicho camino ya no existe –en todo caso no existe por una arbitraria renuncia a la honestidad interior (...) No podemos ser honestos sin reconocer que hemos de vivir en el mundo *etsi Deus non daretur*”, D. Bonhoeffer el 16 de julio de 1944: *Resistencia y sumisión* (Ariel, Barcelona 1971) p. 209.

12. [El proceso educativo] “no es sólo progreso educativo humano, sino verdadero itinerario cristiano hacia la perfección. El alumno religiosamente sensible sabe que cumple la voluntad de Dios en el trabajo y en las relaciones humanas cotidianas, y que sigue el ejemplo del Maestro, quien ocupó

su juventud en el trabajo e hizo bien a todos. Otros estudiantes que no tienen esta dimensión religiosa no podrán obtener frutos benéficos y se exponen a vivir superficialmente los años más hermosos de su juventud”, (Congregación para la Educación Católica, *Dimensión religiosa de la educación en la Escuela Católica*, 1988). En la *Divini Illius Magistri* de Pío XI (1929) se lee: “Como no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada al fin último, así, en el orden actual de la Providencia, o sea, después que Dios se nos ha revelado en su Unigénito Hijo, único que es Camino, Verdad y Vida, no puede existir educación completa y perfecta si la educación no es cristiana”, (n.5); un párrafo “de sabor integralista”, según E. Sgarbossa, “Jesús el Maestro” en AA.VV., *Jesús el Maestro. Ayer, hoy y siempre* (San Pablo, Roma 1997) p. 108.

13. La misma Cátedra Calasanz lo estudió en 2008: J. M. Alfonso (dir), *Educación para la ciudadanía. Razones y reacciones* (UPSA, Salamanca 2010).

14. “Cuando se habla de una sociedad cristiana, una nación cristiana, unas leyes, unos usos o una cultura cristianos, se desliza un equívoco, inofensivo si es advertido, pero muy peligroso cuando

mundial, la crisis financiera o, al menos, la economía?²⁹. Ocultar las grandes religiones del mundo y hasta no leer el Evangelio en clase de literatura se hace sospechoso³⁰.

Programar la escuela básica es un acto político de primer orden, de máximo consenso; pero hoy responde a la demanda productiva y competitiva del mercado. Mirad, si no, las leyes. Ésta podría ser la objeción de conciencia de los cristianos al sistema escolar, pero me temo que no es así: acoplamos el Evangelio a la óptica del consumo y del sálvese quien pueda. Y nuestras escuelas no sirven para eso. Una escuela al servicio de la lucha de clases no es un buen lugar para el Evangelio, que no se deja adosar como clase de religión ni catequesis. El citado documento vaticano avisaba a la propia Iglesia: "... dado que la escuela es un medio eficaz de promoción social y económica para el individuo, si la Escuela Católica la impartiera exclusiva o preferentemente a elementos de una clase social [seguramente también pueda leerse: o región del mundo] ya

privilegiada, contribuiría a robustecerla en una posición de ventaja sobre la otra, fomentando así un orden social injusto" (n. 58).

Y los obispos españoles, en su documento del 27 de abril de 2007, *La escuela católica. Oferta de la Iglesia en España para la educación en el siglo XXI*, nos exigen complicidad hasta este punto: "El acceso, sobre todo, de los más pobres a la educación es un compromiso que han contraído en los diversos niveles las instituciones educativas católicas. Ello exige enfocar la obra educativa en función de los últimos, independientemente de la clase social de los alumnos presentes en la institución escolar".

Se trata de una complicidad que hizo escribir a L. Milani, convencido del indispensable amor concreto a los alumnos: "... consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese hecho escuela veinte años a los hijos de los ricos y no se hubiese convertido todavía en un reaccionario. Así como consideraría pervertido a un sacerdote que hubiese vivido veinte años entre

los hijos de los pobres y no se hubiese alistado todavía con ellos hasta el límite extremo consentido por el quinto mandamiento"³¹.

■ **Tercero: afrontar** los desafíos que, tanto alumnos como maestros, conocemos en clase; eso nos hace personas, crecer y madurar; así nos educamos. No basta absorber saberes, valores o destrezas (tarea escolar básica). Nos educa afrontar la actualidad³² (familiar, social, general), que no resolverla, claro.

Para afrontar la actualidad –en la escuela y en la fe– se requiere una dosis no pequeña de esperanza, junto al amor. Salta a la vista. Por eso, como la justicia y la paz (Ps 85,11), creo que la educación y la esperanza también se besan en la escuela. Y es que las respuestas humanas ante la actualidad –a veces tan cruel– fácilmente derivan en huida, o en subterfugios y tópicos partidarios y raquíuticos, o en desesperanza larvada o manifiesta. Me pregunto hace años si la Teología de la Educación, más que de la fe, no debería ocuparnos en educar la esperanza³³.

NOTAS

- ▶ no se repara en él. Ninguna realidad social puede recibir sacramentos, salvarse o condenarse; sólo los hombres individuales", **Julián Marías**, *Introducción a la Filosofía*, en *Obras completas, II (Revista de Occidente*, Madrid 1982, 1947) p. 64-5. "Hablar como un católico que adopta una posición temporal y hablar en nombre del catolicismo son dos cosas bien diferentes... el juicio del catolicismo sobre estas cuestiones versa únicamente sobre ciertos principios muy elevados de los que éstas dependen o sobre ciertos valores espirituales implicados en ellos", **J. Maritain**, *Humanismo integral. Problemas temporales y espirituales de una nueva cristiandad* (1936 y 1946) (C. Lohlé, 1966) p. 227.
15. "La declaración sobre la educación cristiana GE (aprobada por 2.290 votos favorables y 35 en contra) era el resultado de siete formulaciones sucesivas, signo de la dificultad para elaborar una decisión conciliar sobre un argumento caracterizado por situaciones regionales muy diferentes y muy condicionadas por la casi exclusiva referencia a las 'escuelas católicas', siendo así que la mayor parte de los católicos asisten a escuelas públicas", **G. Alberigo**, *Breve historia del Concilio Vaticano II (1959-1965)* (Sígueme, Salamanca 2005) p. 161.

16. Cf. **J. L. Corzo**, *Jesucristo falta a clase. Notas de Teología de la educación* (PPC, Madrid 2008) pp. 136-152.

17. **Manuel García Morente**, "Virtudes y vicios de la profesión docente": *Revista de Pedagogía* 169 (1936) 1-13. "La República se honra de no confundir la instrucción de los espíritus con la seducción de las almas (...) Nada autoriza a un profesor laico a creerse superior, ajeno a esos 'fanatismos y supersticiones', encaramado en algún Aventino moral...", (**R. Debray**, "Qu'est-ce qu'un fait religieux?": *Etudes* 3973 (2002) 169-180. Cf. **S. Weil**, *Echar raíces* (Trotta, Madrid 1996) 82-84.

18. **José Antonio Marina** propaga esta expresión típica de alguna cultura premoderna: "Para educar a un niño se necesita la tribu entera".

19. **Paulo Freire**, *Pedagogía del oprimido* (Siglo XXI, Madrid 1992²³) p. 90.

20. **J. L. Corzo**, *Educación es otra cosa. Manual alternativo entre Calasanz, Milani y Freire* (Ed. Popular, Madrid 2007); *Educación(nos) en tiempos de crisis. Claves educativas* (CCS, Madrid 1995).

21. **J. L. Corzo** (dir), *Escuchar el mundo, oír a Dios. Teólogos y educación* (PPC, Madrid 1997)

22. La edita el movimiento pedagógico

inspirado en **Lorenzo Milani**, maestro y cura de Barbiana, y puede verse en www.amigosmilani.es

23. "La massima sventura è la solitudine, tant'è vero che il supremo conforto, la religione, consiste nel trovare una compagnia che non falla, Dio", (**Cesare Pavese**).

24. También los teólogos han diferenciado la *fides qua* –con la que creemos– de la *fides quae* –lo que creemos–, aludida en mi reflexión anterior.

25. **D. Bonhoeffer**, Carta del 16-7-1944, *Resistencia...* o.c. p. 210.

26. Cf. **Jon Sobrino**, "Los signos de los tiempos en la Teología de la liberación": *Estudios Eclesiásticos* 248-9 (1989) 249-269, p. 251. Algún historiador como **G. Alberigo** (o.c. 174) considera la mayor novedad doctrinal del Concilio la incorporación de los *signos de los tiempos* (GS 4 y 11), que hace de la Teología un saber inductivo más que deductivo, y de la Historia, un verdadero lugar teológico, no una simple pista de aterrizaje del mensaje cristiano.

27. "No existen en leer, un escribir o un contar confesionales, ni tampoco una enseñanza confesional de la biología o de la historia. Cuando ese intento se diera, no estaríamos ya ante una

tutela del empeño de la teonomía, sino ante una teocracia de tendencia unilateral", **Hans Köler**, *Teología de la educación* (Studium, Madrid 1975) p. 40. Sin embargo, **G. Garrone**, *Fe y Pedagogía* (1961) (Herder, Barcelona 1970) ha examinado el *clima de la fe en la enseñanza de las disciplinas profanas*, (pp. 101-130) y mostrado así algunas transparencias: "Las matemáticas [por ejemplo] ofrecen una llave para entrar en el universo y tomar posesión de él: esta llave es Dios quien nos la remite" p. 104.

28. Centro Nuevo Modelo de Desarrollo (Pisa/Italia), *Norte-Sur, la fábrica de la pobreza* (Ed. Popular, Madrid 1997³).

29. Sólo hay dos asignaturas de Economía en el bachillerato de Humanidades y Ciencias Sociales: *Economía* (1^o) y *Economía de la empresa* (2^o).

30. Cf. Alumnos de la escuela de Barbiana, *Carta a una maestra* (PPC, Madrid 2008⁵) p. 118-9.

31. **L. Milani** al escolapio **F. Scarsella** el 18-11-1965 (*COM-Nuovi Tempi*, 12.6.77).

32. **J. L. Corzo**, *Educarnos con la actualidad. No viene en el libro, pero entra en el examen* (PPC, Madrid 2000).

33. **P. Freire**, *Pedagogía de la esperanza* (Siglo XXI, Madrid 1993).